



Reg. Sup.Gen.: 08/2017/01

Madrid, 6 de agosto de 2017.



# LA ESPIRITUALIDAD DE LOS SS.CC., EJE TRANSVERSAL DEL PLAN DE FORMACIÓN (II)

Queridos hermanos y hermanas Congregantes, Laicas y Laicos M.SS.CC., colaboradores de los Centros Educativos Joaquim Rosselló, de la Fundación Concordia Solidaria, de Misiones SS.CC. - Procura y todos aquellos y aquellas que, de un modo u otro, os sentís vinculados a nuestra familia misionera y sacricordiana:

Como ya os prometí en la carta que os dirigí con ocasión de la Fiesta de los Sagrados Corazones, voy a concluir con ésta que ahora inicio lo que allí comencé, precisamente cuando estamos a punto de celebrar un nuevo aniversario de nuestra Familia M.SS.CC.

Se trata, en efecto, de añadir un cuarto apartado (*'Una espiritualidad inspirada en el Fundador'*) a los tres que desarrollé entonces y completar así mi reflexión a propósito de lo que está expresado en el título que encabeza esta carta.

Ninguna de las cosas que diré os resultará novedosa. No pretendo ser original, sino ordenar del modo más sencillo y pedagógico posible una serie de contenidos básicos que, por otra parte, ya he desarrollado en cartas anteriores. El objetivo sigue siendo mostrar que la espiritualidad de los SS.CC. quiere ser el principio inspirador y estructurador de nuestro Plan de Formación.

Recordad que no me propongo otra cosa sino desarrollar el *‘Índice’* revisado de dicho Plan, que fue aprobado en Lluc durante la reunión celebrada allí el pasado mes de febrero. Recordad también que lo que os ofrezco no son sino ‘pistas de reflexión’ que pueden ser completadas y profundizadas ulteriormente.

Subrayo finalmente que mi exposición no se refiere únicamente a la formación inicial de los religiosos. Pienso también tanto en la formación permanente como en la formación de y con l@s laic@s porque, tal y como ya os dije, queremos que el Plan renovado englobe todas las etapas formativas y lo sea para toda la Familia Sacricordiana.

## Una espiritualidad inspirada en el Fundador

---

*‘El Fundador centró su espiritualidad en que Dios es amor y por ello desea atraer a todos hacia sí para comunicarles su felicidad eterna’ (Reglas 7).*

La espiritualidad sacricordiana está indisolublemente ligada a nuestra identidad, a lo que somos y estamos llamados a hacer como Misioneros de los Sagrados Corazones. No en vano, el Fundador quiso deliberadamente que *‘ese y no otro fuera el nombre de nuestra Congregación’*. Un nombre que no es un adorno irrelevante o un apelativo vacío de sentido, sino un sello que nos marca y nos compromete a encarnar un estilo de vida coherente con él.

Tampoco se trata de un nombre improvisado por el P. Joaquim al mirar por casualidad el medallón gastado de nuestros Titulares que aún hoy se conserva en el coro de la ermita de Sant Honorat, sino que fue madurando misteriosamente en su propia biografía. Al menos desde que el Hno. Gregorio Trigueros, s.j. le iniciara en la devoción a los Corazones de Jesús y de María cuando era aún un muchachito, enseñándole a contemplar en ellos un ‘fuego’ de amor que después había que extender por todas partes.

Por eso, no es suficiente hablar aquí de la espiritualidad sacricordiana en general. Basta navegar un rato por Internet para darnos cuenta de lo poco que tienen que ver con nuestra ‘sensibilidad’ congregacional ciertas maneras de presentarla aún hoy en día. Lo que aquí pretendemos es conectarnos con la interpretación carismática que hizo de ella el P. Joaquim. Queremos mirar a Jesús y a María con los ojos y el corazón del Fundador.

Y si hay algo que llama poderosamente la atención a la hora de analizar el modo en el que el P. Joaquim entendió, vivió y propagó la devoción a los Sagrados Corazones, eso es precisamente su carácter integrado e integrador. Toda su experiencia espiritual se muestra como profundamente unificada y parece girar en torno a ellos. Así, las diversas dimensiones de la vida cristiana y religiosa -*consagración, contemplación, comunidad, misión...*- quedan en él iluminadas y coloreadas por lo sacricordiano, de modo que cada aspecto, lejos de aparecer como descolgado del resto, se relaciona y vertebra con los demás en un conjunto bien articulado y armonioso.

En ese sentido, me parece muy atinada y a la vez muy sugerente y fecunda la manera casi ‘audiovisual’ según la cual el P. Fundador nos presenta a los SS.CC. como ‘*centro*’ y como ‘*foco*’:

“*De la devoción a los Sagrados Corazones nada tengo que advertiros (...). Son el centro de la más ardiente caridad, el foco del amor más puro, al cual deben acudir, y acudirán, sin duda, a no tardar muchos años, aquellos cristianos flojos en el servicio de Dios, fríos, más diré, helados en cuanto atañe a la caridad con Dios y con el prójimo*” (Notas).

De este modo, sin grandes elevaciones teológicas pero con profunda intuición evangélica, acierta plenamente a la hora de señalar el Amor -a Dios y al prójimo- como lo verdaderamente nuclear de la Buena Noticia de Jesús. Y lo identifica además como principio estructurador y ‘motor’ de toda vida cristiana y por ende religiosa. Algo no muy diferente a lo que nosotros queremos decir cuando, con otra imagen espacial, hablamos de ‘*eje transversal*’.

En efecto y tal y como afirman nuestras Reglas (R 7), el P. Joaquim encontró su ‘*centro*’ en esa experiencia fundamental que se convirtió a la vez en ‘*foco*’ que aglutinó, iluminó y ‘proyectó’ toda su espiritualidad: ‘*Dios es amor*’ (1Jn 4,8). Y la visualizó en los Sagrados Corazones donde él veía plasmado el icono más expresivo de su ‘*bondad y misericordia*’.

Por eso nosotr@s, laic@s y religiosos M.SS.CC., lejos de apuntarnos a una devoción puramente intimista o desencarnada y en sintonía con él, hemos de dejarnos dinamizar por la gran fuerza a la vez *centrípeta* y *centrífuga* que tiene su origen en ese ‘*centro/foco*’ y que nos invita a movernos en una doble dirección:

📍 ***Centrípeta (Atrayente-atractiva)***: Los Sagrados Corazones funcionan como un verdadero ‘*centro de atracción*’ que experimentamos particularmente en la oración y la contemplación. En ellos se nos revela un Dios ‘atrayente’ y ‘atractivo’ por su bondad, por su ternura, por su compasión, por su misericordia, por su capacidad de perdón... Un Dios-Amor que nos desea y por eso nos invita a acercarnos para entrar con Él en una relación personal y compartir su propia felicidad.

📍 ***Centrífuga (Irradiadora-expansiva)***: Los Sagrados Corazones son a la vez un ‘*foco irradiador*’ que nos envía a anunciar a todos la ‘*divina caridad*’ que arde en ellos, haciendo de nosotr@s misioneros del mismo Amor de Dios que hemos experimentado.

Ese doble movimiento en torno a ese ‘*centro/foco*’ de ‘*amor divino*’ define nuestro ser y vuestro hacer como M.SS.CC. Sabiendo además que ni en la *contemplación* ni en la *misión* nos ‘movemos’ nunca sol@s, sino en *comunidad*, pues también es ésa una dimensión esencial e irrenunciable de nuestra identidad sacricordiana.

Podemos decir, en definitiva, que el P. Joaquim nos ayuda a entender de modo bien concreto el gran potencial de esta espiritualidad cordial a la hora de alcanzar esa ‘*unidad de vida*’ a la que estamos llamados por vocación y que consiste en permanecer ‘centrados’ y ‘enfocados’ en lo evangélicamente nuclear (R 2) para encontrar allí la fuente de nuestra *consagración*, nuestra *contemplación*, nuestra *vida fraterna* y nuestro *compromiso apostólico*. Sólo así nos sentiremos, como él se sentía en Sant Honorat, en armonía con Dios, con nosotros mismos, con los demás, con la creación y con la realidad que nos rodea. Sólo así nos reorientaremos hacia el propio corazón para redescubrirlo como manantial del que surge la vida (Prov 4,23), superando todas esas dinámicas disgregadoras que nos llevan a vivir fragmentados, divididos, dispersos... rotos.





Desde esa intuición ‘centro-focal’ -‘*Dios es amor*’- se han de entender además otras imágenes con las que al P. Joaquim le gustaba referirse a esta espiritualidad: ‘*tesoro escondido*’, ‘*áncora de salvación*’, ‘*fuentes y origen de todo bien*’, ‘*fragua de divina caridad*’, etc. Por ejemplo:

*‘No en otra parte ni en otro objeto que en vuestro Corazón buscaré en adelante, oh Sagrados Corazones, el verdadero tesoro que llena de dicha y de felicidad (...). Vosotros seréis mi riqueza, mi oro y mi plata la haré consistir en vuestra caridad y amor al prójimo’* (Piadosos Ejercicios, día 19).

En efecto, en el Corazón de Jesús y en el Corazón de María se concentra y focaliza para él lo auténticamente verdadero y valioso. En ellos se deposita abundantemente aquella experiencia impagable y preciosa sin la cual es difícil que la existencia humana tenga sentido: la fortuna de saberse amados y de poder amar. Pero no con un amor cualquiera, sino con el ‘*amor más grande*’ (Jn 15,13), el amor que se deja ‘traspasar’ hasta convertirse en fuente de vida.

Al símbolo del ‘*corazón*’, que ya es de por sí integrador como vimos en la carta anterior, se une en el imaginario del Fundador aquel otro del ‘*fuego*’. Con ellos podrá expresar el P. Joaquim ese carácter unificador de la espiritualidad sacricordiana que desarrollaremos a continuación al ir analizando cada una de las dimensiones que hemos mencionado más arriba.

## **A. UNA ESPIRITUALIDAD DESDE Y PARA LA CONSAGRACIÓN**

La consagración bautismal es la consagración fundamental por la que tod@ discípul@ queda ‘*injertado en Cristo*’. La consagración religiosa, expresada en los consejos evangélicos, no es sino un modo de vivirla según una determinada vocación particular (R 31).

Pienso, con todo, que lo que ahora diré sobre la fórmula de profesión con la que los religiosos M.SS.CC. hacemos nuestros votos, puede aplicarse de algún modo a cualquier miembro de nuestra familia carismática.

Dicha fórmula, actualmente contenida en nuestras Reglas (R 107), proviene en esencia del P. Fundador y está teñida, como no podía ser de otra manera, de esa espiritualidad centrada en los SS.CC. que vertebró su existencia.

En ella hacemos *'la promesa de no pertenecer sino a Dios solo'*. Pero no se trata de un gesto voluntarista para el que contaríamos sólo con nuestras propias fuerzas. Siendo un acto totalmente libre, no puede identificarse sin más con una iniciativa puramente personal (Cfr. R 85). Las palabras que pronunciamos al profesar dejan bien claro que, si nos decidimos a orientar la vida por la senda de los consejos evangélicos, es para responder a una *'inspiración'* del Dios *'que tanto nos ha amado'* (R 33). Por eso se trata de un compromiso que sólo se puede *'cumplir'* confiados en su *'gran misericordia'* (R 37).

Hemos sido llamados por gracia y misericordia, no por nuestros méritos. Nuestra consagración -a la vez don inmerecido y respuesta esforzada- brota necesariamente de esa experiencia fundamental de haber sido elegidos *'por puro amor'* (Dt 7,7-8) sin la cual nuestro discipulado misionero de laicos o religiosos -vivido según la vocación de cada uno- carecería de sentido y perdería su fundamento.

En coherencia con este convencimiento, decimos que nos mueve a ello *'la preciosa sangre que salió del Sagrado Corazón de mi amable Redentor Jesús, al ser atravesado por la cruel lanzada, y los dolores del Inmaculado Corazón de María'*. Así, con este lenguaje sacricordiano, expresamos las motivaciones más profundas de nuestra consagración. En primer lugar, la gratitud ante un Dios que ha amado tanto al mundo que nos ha entregado a su propio Hijo (Jn 3,16). En segundo, el deseo de identificarnos y comprometernos con las actitudes solidarias de Jesús, que se ofreció totalmente hasta dar la vida como signo del mayor amor, y de María, que supo permanecer junto a él aunque estaba rota de dolor. Porque el amor y el dolor son las dos caras de una misma moneda.

En otras palabras, el ejemplo de los Sagrados Corazones nos invita, también a nosotros, a entregarnos *'movidos por amor'* y a concretar nuestra consagración a Dios -al que *'deseamos de todo corazón agradar y servir'*-, *'gastando nuestra vida por los hermanos'* (Cfr. R 33 y 34), aunque eso traiga como consecuencia dificultades y sufrimientos.

El propósito especial de *'propagar la devoción a los Sagrados Corazones de Jesús y de María'* que los religiosos unen a los tres votos tradicionales y que los laicos han de asumir también desde su propia vocación, no hace sino dar color carismático a la modalidad concreta en que cada cual encarna su consagración bautismal y/o religiosa. Así, nuestra pobreza, nuestra castidad y nuestra obediencia -vividas según la condición particular de cada M.SS.CC.- no serán sino expresión gozosa de esa *'caridad'* -amor-ágape- en la que, como el Fundador, hemos querido *'centrar'* y *'enfocar'* nuestro ser y nuestro hacer (R 14). Esa podría ser nuestra manera actualizada de entender aquella *'consagración a los Sagrados Corazones'* que el Fundador proponía a todos:

*'De la devoción a los Sagrados Corazones nada tengo que advertiros: Ya sabéis, que estamos obligados por voto a darla a conocer, a extenderla por todas partes, a hacer, si posible fuese, que el mundo todo se consagrara a ellos'* (Notas).

## **B. UNA ESPIRITUALIDAD DESDE Y PARA LA CONTEMPLACIÓN**

Cuando el Fundador definió la finalidad del nuevo Instituto en las primeras Reglas, lo hizo recordando que los M.SS.CC. han de ser, *'en primer lugar'*, buscadores del Reino. Algo que, desde su visión, se realizaba primordialmente *'fomentando la íntima unión con Dios por la oración y la contemplación'* (R 2).

Desde el punto de vista de la exégesis actual, esta interpretación del texto evangélico (Mt 6,33) resulta sin duda reduccionista, pero subraya la prioridad absoluta que para el P. Joaquim tenía la necesidad de cultivar *'el trato y comunicación con Dios'* como fuente de toda vida espiritual y misionera.

Para aclarar aún más el alcance y la modalidad de esta dimensión contemplativa de la Congregación, la introducción a esas mismas primeras Reglas afirma lo siguiente:

*'La divina Providencia (...) ha dispuesto en estos azarosos tiempos promover una Congregación de Sacerdotes, cuyo objeto fuese, primeramente, formar su espíritu en la soledad en donde según Oseas Dios se comunica al alma'*.

Se refiere el Fundador al pasaje donde Yahvé, como Esposo engañado, decide reconquistar a su esposa adúltera -el pueblo de Israel- conduciéndola al desierto, el lugar de los primeros amores. Allí tratará de cortejarla de nuevo, conversando con ella de corazón a corazón, para convencerla de que olvide sus idolatrías y se despose para siempre con Él en fidelidad:

*'Pero yo voy a seducirla, la llevaré al desierto y le hablaré al corazón'* (Os 2,16).

Detrás de este *'fin primario'* señalado por el P. Joaquim, hay que saber reconocer la intensa llamada a retirarse al desierto que él mismo experimentó durante toda su vida. Su vocación contemplativa pareció realizarse finalmente con su subida al Monte de Randa el 21 de abril de 1890. Allí, como en ningún otro lugar, se sintió atraído y amado por un Dios que le hacía feliz. Allí, como Ramon Llull, antiguo morador de aquellos parajes, entabló su particular diálogo cordial con el Amado, deseando refugiarse como los místicos en la llaga de su costado. Allí, como un nuevo Moisés, se acercó a la zarza ardiente de los Sagrados Corazones, cautivado por el *'fuego sagrado'* de la *'divina caridad'* que quema *'incesantemente en ellos sin consumirse jamás'* (Cfr. Éx 3,1-3). Allí, en el *'desierto de Sant Honorat'* se sintió urgido a vivir centrado en el Amor:

*'En este por mí tan suspirado retiro, paso mis horas de oración y de estudio, y en todas partes y por doquier vuelva la vista, no veo más que a Dios, no oigo otra cosa que la voz de Dios, que en el fondo de mi alma me dice: Ámame que yo mucho te he amado y te amo... Ámame que son muy pocos, hoy día, los que me aman (...). Ámame que tengo sed de amor, y no sé en dónde acudir para que se me la apague'* (Carta a las Capuchinas, 12-06-1890).

Lo cierto es que aquella experiencia nos sigue marcando. No deja de ser bien llamativo que una Congregación de misioneros tenga su origen histórico en una ermita. Pero lo cierto es que Sant Honorat es no sólo la cuna, sino el trampolín de nuestra aventura. Por eso, los M.SS.CC. que nacimos *'establecidos en el monte de Randa'* y nos lanzamos desde allí a los caminos para alcanzar otros lugares y fronteras de misión, no renunciamos a volver al desierto para propiciar ese *'encuentro personal'* con el Amor que atrae (R 55). Entonces, como ahora, sabemos que no podemos vivir ni anunciar la Palabra sin ser *'capaces de comunicarnos con Dios por medio de la oración en la soledad'*.

Y es que el desierto no es para nosotros un lugar terrible de prueba y tentación, sino un espacio privilegiado donde nos sentimos convocados por el Espíritu (R 56). Un ámbito que hemos de saber recrear allí donde nos encontramos, no para distanciarnos de la realidad ni cultivar una espiritualidad descomprometida, intimista o egocéntrica, sino para aventurarnos en ese silencio contemplativo y fecundo que nos lleve a vivir un *'nuevo Éxodo'* y nos libere de los ídolos que esclavizan (R 55). Un escenario que nos permite reencontrarnos con el Corazón compasivo y ardiente de un Dios *'rico en*

misericordia' y nos ayuda a renovar aquella experiencia del amor primero que luego seremos enviados a anunciar por todas partes.

La tensión entre la vocación contemplativa y el ministerio de la Palabra forma pues parte de nuestra identidad carismática. Desde el principio somos predicadores populares e itinerantes del Evangelio del Amor de Dios, pero sabemos que el misionero también tiene que ser místico y necesita de la soledad, la oración y el silencio. Así podrá rehacerse y *'descansar en el regazo de los Sagrados Corazones'*. Así podrá encender en ellos su propio corazón para prender después el fuego del amor allá donde le lleven los caminos.

Contemplando esos *'centros de ardiente caridad'* nos ponemos además en contacto con nuestro *'más profundo centro'*. En los Sagrados Corazones nos encontramos no sólo con el Corazón de Dios sino también con nuestro propio corazón. Así, conectados con nuestra interioridad, superamos una manera superficial de 'escuchar' y 'ver' la realidad y aprendemos a mirar las cosas desde dentro. Abrimos los oídos a la Palabra y nuestros ojos interiores comienzan a captarlo todo con una nueva hondura. Focalizados en el amor, nuestra mirada se 'convierte' y se transforma la perspectiva con la que nos abrimos a todo lo que nos rodea. Porque el verdadero contemplativo acaba identificándose con la mirada del Dios que tiene Corazón y aprende a reconocer su acción en la historia, en la vida de cada día (R 57). Por eso prioriza la búsqueda de su Reino por encima de todo.

Asumimos así las actitudes del Corazón de María abrasado por el Espíritu de Pentecostés. Ella es la mujer contemplativa, modelo de seguidores y seguidoras que escuchan, guardan y 'rumian' en lo profundo la Palabra para después ponerla en práctica (R 11). Su mirada solidaria al Traspasado nos enseña a mirarlo todo de un modo nuevo, identificándonos con las actitudes y los sentimientos del Corazón de Jesús (R 58).

### **C. UNA ESPIRITUALIDAD DESDE Y PARA LA COMUNIDAD**

Nuestra vocación no puede vivirse aisladamente ni de modo individual. Juntos contemplamos el amor de Dios que se nos revela en los Sagrados Corazones y es ese Amor el que nos *'con-voca'*, *'nos mantiene unidos'* e *'impregna nuestras comunidades'* (R 1-3). No en vano la vida fraterna formó parte esencial del proyecto inspirado al P. Joaquim desde el principio. Tanto que, a los primeros congregantes, él los definía como *'sacerdotes que viven en comunidad'*.

El ejemplo de los creyentes de la primera hora, recogido en los Hechos de los Apóstoles (Hch 4,32), fue siempre para él -como para otros muchos Fundadores- un punto de referencia irrenunciable:

*'Como en los primitivos cristianos, sea tan estrecho el lazo de caridad que os una que, como de ellos, puedan decir también de vosotros los que os traten: Erant cor unum et anima una. En estos religiosos, no hay sino un solo corazón y una sola alma'* (Notas).

El símbolo del *'corazón'* le sirve aquí para animar una vez más a la integración y hacer referencia a esa comunión de fe, mentalidad, criterios, sentimientos, actitudes y bienes materiales y espirituales que nos ha de vincular unos a otros (Cfr. R 16).



Pero ese ideal se hace inviable si el Amor que se contempla no es el mismo que se palpa en el seno de la comunidad. Si el fuego que nos abrasa en la oración no es también el que arde en el hogar y nos reúne como familia. Por eso, el P. Joaquim nunca se cansó de urgirnos a modelar nuestras relaciones según el Mandamiento Nuevo, atreviéndose incluso a reformularlo desde su espiritualidad sacricordiana. Así suena, en efecto, el *'último precepto de obediencia'* que nos impuso en su testamento espiritual:

*'Amaos mutuamente, como los Sagrados Corazones de Jesús y de María os aman. Amaos os ruego y, sintiéndome en estos momentos movido de aquella ternura propia de un padre con sus hijos, cuando ve acercarse su última hora, amaos mutuamente os repito; y recordad siempre que éste fue el último precepto de obediencia que os impuse al morir'* (Notas, 'Última Exhortación').

Reconozcamos una vez más que esta 'adaptación' del mandamiento de Jesús es la consecuencia natural de haber asumido una espiritualidad sencilla pero muy bien estructurada en torno a los Sagrados Corazones. Si nos fijamos en su icono -aquél medallón borroso del coro de Sant Honorat que inspiró nuestro nombre y que los primeros congregantes llevaban cosido a la sotana- nos daremos cuenta de que se trata de un símbolo elocuente que implica un modelo de comunidad. En él se nos habla de unidad y de comunión en el amor, de vida compartida, de existencias entrelazadas, de comunicación profunda, de encuentro dialógico, de vínculos estrechos, de relación cordial... Es lo que declaran quienes fueron formados por el P. Joaquim: *'Nos recordaba que así como en nuestro escudo están unidos los SS.CC., así también nosotros debemos estar unidos'*.

Esta insistencia paternal del Fundador en lo comunitario subraya que la *'intensa caridad fraterna es distintivo muy conforme al espíritu de nuestra Congregación'* (R 3) y, por tanto, otro de los aspectos esenciales en que se juega la coherencia interna de nuestro carisma, si de verdad quiere ser cristiano y sacricordiano:

*'Que ese amor fraternal os dé a conocer en todas partes por verdaderos discípulos del Corazón de Aquel que dijo a sus amados Apóstoles: 'En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si os amáis unos a otros''* (Notas).

Ése es, pues, el primer *'testimonio de vida'* que este mundo tan dividido, tan competitivo y tan lleno de conflictos y fracturas espera de nosotr@s como M.SS.CC. (Cfr. R 5). No olvidamos, con todo, que también nosotr@s nos vemos tantas veces tentados de personalismos, activismos y dispersiones que deterioran nuestros vínculos y bloquean la comunión, de egoísmos que nos aíslan, de individualismos que nos disgregan, de protagonismos que hipotecan nuestras relaciones, de indiferencias que enfrían la caridad.





No se trata de responder a expectativas inalcanzables, sino de tejer la convivencia cotidiana con pequeños gestos que hacen la vida de cada día. Seremos discípulos y discípulas misioneros, recortados a la medida de los Sagrados Corazones, si sabemos perdonar y disculpar las ofensas, si somos pacientes con nuestros defectos, si aceptamos nuestros límites y aplaudimos nuestros logros, si nos miramos con simpatía, si desterramos celos, sospechas, murmuraciones y envidias, si renunciamos a juicios y condenas, si integramos las diferencias para que no sean motivo de enfrentamiento, si percibimos la diversidad como riqueza y posibilidad (R 88), si cuidamos unos de los otros, si nos ayudamos mutuamente a llevar las cargas, si compartimos lo que somos, podemos y tenemos, si nos encontramos y dialogamos con sencillez y franqueza... (Cfr. R 23).

A nosotr@s nos toca rescatar el valor ‘comunitario’ de la espiritualidad de los Sagrados Corazones. Ellos nos mantienen ‘enlazados’ en un mismo proyecto y en una misma familia. Ellos nos invitan a trabajar por una Iglesia y una Humanidad unidas en el amor, una Iglesia y una Humanidad llamadas a tener ‘*un corazón y una sola alma*’. Una Iglesia y una Humanidad en concordia que ya pueden vislumbrarse entre nosotros si sabemos vivir el Mandamiento Nuevo al estilo de los primeros cristianos, tal y como nos lo pedía el P. Joaquim.

Así nuestras comunidades y grupos serán esos ‘oasis’ soñados por el Fundador que convoquen desde la cordialidad, el clima de familia, la participación, la sinodalidad, la corresponsabilidad, la interculturalidad, la complementariedad... Espacios donde sea posible la contemplación serena, la fraternidad evangélica, la acogida en la diversidad, el acompañamiento mutuo, el trabajo en equipo, la misión compartida... e inviten a quienes nos traten a ‘*venir y ver*’ cuán dulce y gozoso resulta convivir los hermanos unidos (Sal 133).

## **D. UNA ESPIRITUALIDAD DESDE Y PARA LA MISIÓN**

La espiritualidad de los Sagrados Corazones alimenta e inspira nuestra manera de ser misioneros (R 69). Lo que hemos contemplado en ellos debe ser anunciado ‘*por todas partes*’ (R 84). Lo dicen claramente nuestras Reglas recogiendo textualmente las palabras del Fundador: ‘*Inflamados en esos focos de ardentísima caridad y amor, nos sentimos continuadores de la misión de Jesucristo, que encargó tan de veras a sus discípulos que la continuasen (...), valiéndose de estas precisas palabras: “Fuego he venido a encender en la tierra; y qué quiero sino que se encienda”*’ (R 4. Cfr. Lc 12,49).

Encontramos aquí un modo de entender el simbolismo del fuego que tiene raíces proféticas (Is 6,6-8; Jr 20,9), pero que el P. Joaquim aprendió sobre todo del ya mencionado Hno. Trigueros. Fue éste quien, siendo el Fundador un joven seminarista, llegó a profetizar el nacimiento de una Congregación que, con el título de los Sagrados Corazones, se dedicase a ‘*meter fuego*’. Esta consigna le acompañó toda su vida y por eso dedicó su sacerdocio -y especialmente su predicación- a extender ‘*el encendido fuego del amor de Dios*’ para que pudiesen ‘*abrasarse en él los corazones de todos los hombres*’.

Los Sagrados Corazones fueron para él no sólo una zarza en la que arde un Amor que atrae cuando se contempla, sino que también envía a liberar (Cfr. Éx 3,10; Cfr. R 66). Su manera de entender, vivir y proponer esta espiritualidad, lejos de encerrarle en un intimismo estéril, configuró un modo misionero, dinámico y creativo de entender el ministerio presbiteral, sin reducirlo a una especie de ‘funcionariado religioso’ que cumple fríamente con unos mínimos. Al contrario, el Fundador fue un evangelizador ardoroso, un misionero popular que difundió el mismo fuego que le

quemaba por dentro, que siempre quiso *'hacer más'* y buscó *'todos los medios posibles'* para acercar a la gente el mensaje del amor y de la misericordia de Dios (Cfr. R 2 y 64).

Y fue ese mismo ideal el que soñaba para su Congregación, tal y como se refleja en una de las cartas que redactó en vísperas de la Fundación:

*'Pidan al Señor que todos seamos un fuego y que desde este monte lo vayamos extendiendo por toda la isla y más allá de ella, pegando y encendiendo llamas en todos los corazones'* (Carta a las Capuchinas, 15-08-1890).

El Fundador sabía que el desierto no es para quedarse siempre. Tampoco puso fronteras a su proyecto, que desde el principio se abrió a la universalidad de las entonces llamadas *'misiones vivas de Ultramar'*. Por eso nos soñó como llamaradas que bajan de la montaña y se van expandiendo por los valles caldeando a su paso el corazón de las personas que allí viven y se afanan en medio de un mundo a veces tan frío y deshumanizado.

Ya en la redacción de las primeras Reglas se subrayaba que hemos sido *'elegidos para ir y dar fruto'* (Jn 15, 16, cfr. R 2). Somos enviados. Lo misionero nos configura y forma parte esencial de nuestra identidad. Somos discípulos llamados a continuar lo que Jesús empezó y encargó a los Apóstoles (R 1). Somos portadores de su mismo fuego. Un fuego que no es de juicio ni de condena (R 15), sino el fuego del Espíritu que acompaña, guía y orienta a la Iglesia peregrina. El fuego de la cordialidad, la misericordia, la cercanía, la presencia, la escucha, el perdón, el servicio, la ternura... El fuego que se reaviva constantemente donde se anuncia la buena noticia de que *'Dios es amor'*.

Sí... Somos llamados a *'ser'* y a *'prender'* el mismo fuego que Jesús vino a traer sobre la tierra. Somos portavoces de una *'Palabra salvadora'* que no es nuestra pero que hemos escuchado y nos obliga a hablar (R 66). Una Palabra que no podemos guardarnos para nosotros porque nos quema dentro: *'Ruge el león, ¿quién no teme? Habla el Señor, ¿quién no profetiza?'* (Am 3,18, Cfr. R 56). Hemos de permanecer encendidos para encender, sin dejar que se enfríe el deseo de buscar y construir el Reino, de vivir y anunciar el Evangelio de la misericordia, de proclamar a los pobres que Dios tiene Corazón. No podemos *'traicionar esa misión profética'* (Cfr. R 5, 72 y 74) porque traicionaríamos nuestra propia identidad y dejaríamos de ser lo que estamos llamados a ser.

Así nos sentimos parte y nos identificamos con esa *'Iglesia en salida'* de la que habla el Papa Francisco. Una Iglesia no *'autorreferencial'*, ni centrada en sí misma, sino orientada hacia esas periferias geográficas, culturales y religiosas donde habitan los traspasados a los que queremos servir. Una Iglesia a la que podemos aportar gestos concretos de cordialidad, sentido de familia, capacidad de misericordia, sensibilidad contemplativa, calidez comunitaria... Una Iglesia que no se conforma con conservar lo que tiene sino que se arriesga en la misión y no se cansa de *'trabajar muchísimo más por el Reino'*. Una Iglesia profética y de vanguardia, *'que quiere ser voz, conciencia y compromiso en la defensa y promoción de la justicia'* (R 74) y que tiene el *'oído atento y gran disponibilidad para correr a los lugares más necesitados'* (R 71).

En ella, y a pesar de que somos conscientes de nuestra pequeñez y de la *'corta medida de nuestras fuerzas'*, queremos ser, como quería nuestro Fundador, *'competente socorro'*. Es decir, ayuda oportuna y eficaz que sepa leer los signos de los tiempos y dar esa respuesta necesaria y adecuada que los pobres esperan de nosotros. Realizamos este *'servicio apostólico al mundo'* en el seno de cada una de las Iglesias locales donde nos hemos encarnado. Con el mismo sentido de diocesaneidad que tan intensamente vivió el P. Joaquim, siendo esa *'hiedra'* arrimada a los Obispos

y a *'nuestros amados compañeros en el sacerdocio'*, tratando de *'prestarles auxilio y refrigerio'* en su misión, asistiéndoles y estimulándoles *'humilde, pero sinceramente'* (R 6, 67 y 68).




Siguiendo la intuición del Fundador, sabemos que el carisma de los Sagrados Corazones es un don de Dios para esa misma Iglesia. Por eso, a nadie se le escapa que nuestra Congregación presenta hoy un rostro y una realidad donde laicos, laicas y religiosos estamos llamados a caminar juntos, viviendo una misma espiritualidad, cada uno desde su vocación específica. De ahí que hablemos cada vez más de la *'misión compartida'*. Una misión que no es otra que la que el Padre encomendó a Jesús y hoy continúa la Iglesia. Una misión que es única y que se identifica con la búsqueda y la construcción del Reino. Una misión a la que nosotros nos sumamos aportando nuestro *'color sacricordiano'* desde los diversos ámbitos desde donde nos implicamos en ella: Colegios, parroquias, comunidades religiosas, grupos de LMSSCC, Fundación Concordia Solidaria, Misiones SSCC-Procura...

## A tal espiritualidad, tal formación

---

No quiero alargarme mucho más. Percibo, con todo, que al final de esta segunda carta se confirman las grandes líneas subrayadas en la primera.

Dicho de otra manera, creo sinceramente que la espiritualidad sacricordiana, vivida y transmitida por el P. Joaquim, fue:





-  Una *'espiritualidad del corazón'* en el sentido más genuinamente bíblico del término, que, como tal, es capaz de integrar desde lo más profundo de la persona las diversas dimensiones de la vida cristiana y religiosa -*consagración, contemplación, comunidad, misión*- en un conjunto armonioso, donde cada elemento se interrelaciona e interacciona con los otros de modo *'holístico'*.
-  Una *'espiritualidad del amor'* porque está estructurada en torno al *'centro'* de los Sagrados Corazones en el que se nos revela el *'signo más expresivo'*, la imagen más elocuente del amor con que Dios nos ama. Una espiritualidad donde la *'divina caridad'* colorea nuestro modo de orar, de convivir fraternalmente y de anunciar la Buena Noticia para que cada uno de estos aspectos sea motivado, asumido y vivido desde esa experiencia fundamental.
-  Una *'espiritualidad que mira al Traspasado'*, no porque P. Joaquim utilizase explícitamente esta manera de referirse a Cristo, pero sí porque subraya la necesidad prioritaria de concentrar la mirada contemplativa en la llaga de su costado *'para que conocieran todos hasta donde pudo llegar su amor'*. Como l@s místic@s medievales, también él deseaba franquear esa puerta abierta para acceder al Corazón de Jesús y encontrar en él un lugar de paz y de consuelo donde habitar.

Habrà, por tanto, que buscar los mejores medios y recursos para formarnos en la teología de la *consagración*, en los métodos de *oración*, en las destrezas necesarias para la *vida comunitaria* y en los diversos *ministerios* propios de la vida apostólica, siguiendo lo que dicen nuestras Reglas, nuestro Directorio y el mismo Plan de Formación. Pero eso no basta. Lo más importante es ayudarnos a descubrir juntos que todas esas dimensiones están mutuamente interconectadas y brotan

para nosotr@s, los M.SS.CC., de una misma fuente. La que mana del costado abierto de Cristo en la cruz, al pie de la cual estaba María con su corazón atravesado. La que surge cuando experimentamos cordialmente que *'Dios es amor'*.

Acercándonos a esa fuente descubrimos que Dios tiene Corazón, que nos ama y nos atrae en la contemplación, para después mantenernos fraternalmente unidos y enviarnos a extender el fuego de su amor por todas partes y por todos los medios posibles.

Por eso, pienso que una formación que recupere las mejores intuiciones sacrícordianas del Fundador ha de ser:

-  Una formación para la *consagración* que nos lleve a entregarnos a *'Dios sólo'* movidos por amor y confiados en su misericordia. Sabiendo que esta entrega nos exige derramar solidariamente nuestra vida por los hermanos y especialmente por los más pobres. Así nos identificamos con las actitudes de los Sagrados Corazones que nos modelan y estimulan para *'agradar y servir al Señor'* sirviendo a los traspasados.
-  Una formación para la *contemplación* en la que nos dejemos atraer hacia el desierto, para *'inflamarnos'* allí en el mismo amor con que somos amados. Una formación para una oración arraigada no sólo en los labios, sino en el corazón. Para un *'encuentro personal'* y personalizador, pero nunca individualista, porque el amor de Dios que contemplamos en los Sagrados Corazones es el mismo que *'nos mantiene unidos'*. Y porque *'nuestro espíritu de contemplación es eminentemente apostólico'* (R 57), de modo que el fuego que nos abrasa en la oración es el mismo que estamos llamados a extender por todas partes. Una formación que nos haga *'místicos'* para poder ser de verdad *'misioneros'*.
-  Una formación para la *comunidad* que nos ayude a ser coherentes y sacar las consecuencias prácticas de esa *'versión sacrícordiana'* del Mandamiento Nuevo que nos legó nuestro Fundador. Una formación que nos ayude a entender que no podemos ser francotiradores ni en la contemplación ni en la misión y nos motive a crear esos *'oasis de cordialidad'* en los que nuestra oración y nuestro ministerio se vean potenciados desde la fraternidad. Una formación que nos ofrezca instrumentos en el arte de *'estrechar lazos'* y nos empuje a compartir bienes materiales y espirituales para vivir de verdad *'con un solo corazón'*.
-  Una formación para la misión que nos ayude a entender que estamos llamados a *'ser'* y a *'prender'* el mismo *'fuego'* que Jesús vino a traer sobre la tierra y no otro. El fuego de la misericordia, la compasión, el perdón y la ternura... que arde en los Sagrados Corazones. Una formación que nos impida convertirnos en *'funcionarios'* de la Palabra y encienda nuestro dinamismo y nuestra creatividad misioneras para ser *'competente socorro'* ante tantas situaciones marcadas por el desamor. Una formación que nos ayude a superar un modelo pastoral de conservación, que mantiene las brasas de un glorioso pasado pero no sabe cómo transmitir el fuego en una sociedad cambiante y secularizada. Una formación que nos invite a preguntarnos cómo devolver el Evangelio a los pobres, sus destinatarios originales, y actualizar el modo de ejercer nuestros *'ministerios fundacionales'* recuperando así, en cada iglesia local, nuestra identidad de misioneros populares (Cfr. R 114). Una formación que nos libere de activismos y personalismos estériles y nos capacite para la *'misión compartida'* en la que laic@s y religiosos nos complementemos en la búsqueda y construcción del Reino.

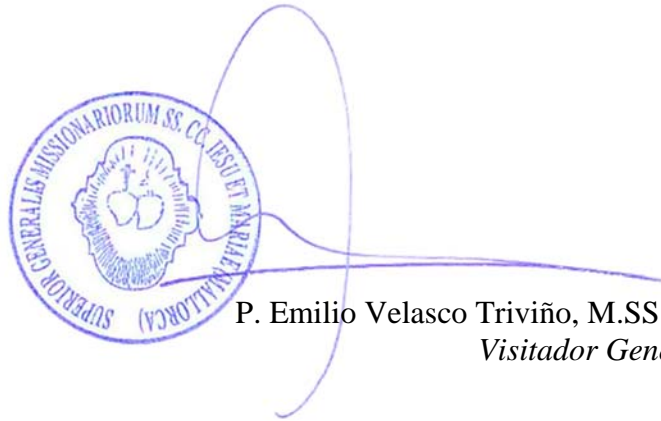


Y termino. Lo hago recordando en primer lugar la memoria de l@s misioner@s laic@s y religiosos que últimamente nos han dejado y en cuyas biografías hemos visto encarnados muchos de los rasgos de esa espiritualidad sacricordiana que nos transmitió el Fundador. Pienso hoy especialmente en el P. Pedro M<sup>a</sup> Aznárez, al que ayer mismo enterramos en su querida Valcheta. En él que fue nuestro Superior General y que ha sabido ‘morir con las botas puestas’, misionero hasta el final en los caminos de la Patagonia, que recorría sin ahorrar esfuerzos para visitar hasta los parajes más alejados de la parroquia a sus 82 años.

Recuerdo también a nuestros jóvenes, que el próximo 17 de agosto, día aniversario de nuestra Fundación, iniciarán el Noviciado, pronunciarán sus primeros votos o renovarán su profesión religiosa. He pensado mucho en ellos al redactar estas líneas. Que el testimonio de nuestros mayores les anime a ser verdaderos Misioneros de los Sagrados Corazones al estilo del P. Joaquin.

Pasado mañana emprendo, además, viaje a Rwanda, donde en torno a esa misma fecha vamos a clausurar el Cincuentenario de nuestra presencia en África. Es un hito importante en nuestra historia congregacional y una oportunidad para agradecer el pasado y mirar al futuro de nuestra familia sacricordiana con esperanza. Ojalá que esta celebración nos anime a seguir extendiendo aquel mismo fuego que Jesús vino a prender en la tierra en cada lugar donde ya vivimos y ‘más allá’. Siempre ‘más allá’. Donde nos lleve el Espíritu.

En los Sagrados Corazones.



P. Emilio Velasco Triviño, M.S.S.C.C.  
*Visitador General.*



# Para Orar y Compartir

Por si alguna comunidad o grupo desea utilizar esta carta para un día de retiro o de formación ofrecemos algunas pautas para la oración y la reflexión:

## Momento personal:

1. Lee la carta contemplativamente, sin prisas, implicando no sólo la inteligencia, sino también el corazón. Fíjate en lo te 'toca' de un modo especial, lo que mueve tus sentimientos, lo que te invita a algún cambio de mentalidad o de actitud y te llama a la 'conversión'. Subraya alguna frase con la que te identificas por alguna razón.

2. Detente allí donde encuentres algo que te invita a transformar en oración lo que lees. Ora dando gracias, pidiendo perdón, presentando una necesidad... o simplemente haz un momento de silencio en adoración.

## Momento de grupo:

3. Compartimos con el grupo a partir de la lectura/oración realizada en el paso nº 1.

4. Dependiendo del tiempo que tengáis podéis profundizar en los cuatro subapartados o en uno o dos de ellos. Fijaos también en las propuestas concretas que se hacen respecto a la formación al final de la carta. Os pueden ayudar las siguientes preguntas:

- ¿Qué has aprendido de la manera en la que el Fundador entendió y vivió la espiritualidad de los SS.CC.? ¿Qué te parece más actual en todo ello?
- ¿De qué manera te ayuda esta espiritualidad a entender las cuatro dimensiones señaladas de la vida cristiana y/o religiosa: *consagración, contemplación, comunidad y misión*? ¿Qué aspectos aporta, potencia y resalta en cada una de ellas?
- ¿Qué significa según tú formar para la *consagración*, para la *contemplación*, para la *comunidad* y para la *misión* desde la espiritualidad sacricordiana tal y como la entendió y vivió el P. Joaquim?

## Momento de oración:

5. Acabamos con un momento de oración compartida en forma de petición, de alabanza o de acción de gracias a partir de lo reflexionado personalmente y/o de lo compartido en comunidad. Concluimos cantamos un canto congregacional.